

LA GRANADA

ANA ARZOUMANIAN

“Al estrecharla sale un jugo como sangre. La semilla, adentro, está puesta una muy junto a la otra. Una contra la otra, apretadas, como en una familia”.

Sergei Paradjanov
“El color de la granada”
versión de Alice Ter-Ghevondian

Cuando hace frío, el único lugar calentito es el baño.

Me paro frente a la estufa a queroseno y entibio mis piernas. Cuando hace frío, sentada sobre el inodoro, extendiendo las manos hacia el calor. La puerta es de vidrio. Abro el agua, cierro la cortina de eso que no es una bañera. El agua corre. Está caliente el agua, y el aire. Dicen que hay que dejar unas rendijas del tragaluz abiertas.

Una casita, una jaula, o hamacas sobre el agua azul verdosa donde me escapo. El calor del agua, el aire, las manos. Juntas, un poco más juntas; las piernas aprietan, presionan. Abro la boca a los borbotones del agua que cae de la ducha para apagar el grito. En ese roce de las piernas donde no hay nadie, algo me hace gritar, me sofoca; algo me hace temblar sobre el agua besando el piso. Entonces miro eso que no es una bañera. Sobre el agua, corre un hilo de sangre.

Entre los muslos, corre. Incontinencias de orina, digo no. Algo adentro sufre, sangra. Miro mis manos. Las yemas de los dedos. Entre las uñas. Sangre. Como si en el agua hubiese pedacitos de vidrio, astillas. Saco los pedacitos, como si estuviese chueca por dentro. ¿Qué hice? Me duele abajo. Abro el agua, y cuanto más cae

sobre eso que no es una bañera, más hilos de sangre se abultan formando grumos.

Olor a queroseno y kéfir. Ácido. Olor a ácido láctico y alcohol. ¿Qué hice?

Tengo dieciséis años.

Se mira al espejo, se arregla la corbata, se pone unas gotitas de perfume en el cuello. Hoy es un día especial.

Sale de su casa. Tiene que caminar sólo dos cuadras. El sol está cayendo; será una noche clara y fresca. Camina derecho por las calles. De joven formó parte del cuerpo de granaderos; sabe redoblar el paso. De allí le quedó esa costumbre de estirar los brazos, el gusto por el polvo y el humo.

Hoy es un día especial. Alguien recordará lo que sucedió hace poco en un restaurante de Belgrado, y él jurará sobre la bandera. Él, un antiguo granadero sabe del sabor a fundición, a hojalata. Mientras jura y acaricia con su mano el azul de la bandera, le aparece un brillo en los ojos. Falta poco, se dice. Mientras sus manos alargadas y suaves tocan ese paño doblado en cuatro, sus compañeros cantan.

Piensa la cadencia del tiro en ráfaga. Trescientos sesenta y cinco metros por segundo de velocidad en boca. Treinta y dos cartuchos. Piensa en el calibre y en el cargador; un vaciado en dos segundos. Ahora, deja la tela tricolor, toma la Marietta. Es voluptuoso el contraste. Es como manteca fría al tacto; más familiar de lo que creía.

Hoy es un día especial. Acomodo en medio de las piernas un trapito que retiene eso que se deshace. Duele tanto adentro.

Volvés a tu casa. Tu casa que no está en Belgrado. A tu mujer que no se casó con un revolucionario, a tus hijos. Cuando llegás a la puerta y te escucho entrar, yo sé acerca de aquello que tenés guardado en el bolsillo. Te miro, me digo, falta poco.

Él no es un asesino. Todo esto lo hace porque no quiere huir. Alguien había empezado a irse y él quería volver, hacer el camino inverso. De Buenos Aires a Viena, de Viena a Belgrado, de Belgrado a Estambul. Ya no se detendría. Escondido en el sobretodo un bloque de cemento para romper ventanas. Latas de gasolina, en el baúl de su auto, para rociar un edificio; trapos, fósforos. Ya no se detendrá. Hace siglos que no duerme preguntándose qué cosa quiere Dios. Todas las excusas, las conoce todas; se dice, matalos, se dice operaciones, carnicería, se dice necesario. Es salitre; salitre, azufre y

carbón, aquello que late en sus venas. Se dice, el cuento se acabó.

Tengo que comer vejiga de pescado para que no me venga. Vejiga de pescado o estrangular a la gata que tuvo cría la semana pasada. Sueño con un jardín lleno de huesos enterrados. Un vientre con huesitos de carne magra. Conozco todas las excusas. Corre sangre como si tuviese miles de mosquitos aplastados ahí adentro. Mosquitos que se han hecho el festín en otros cuerpos y ahora chocan contra el puntero. El cuento se acabó. Un aire de carnicería.

Cierro la boca, trago cosas. Huesos enterrados en el jardín. Quiero esperarte seca, seca.

Cruzando el zaguán tiene un taller. El cuero rueda entre las agujas zig- zag, las hormas, los clavos. Él es zapatero. Mientras la máquina salpica de agujeros el corte del pie, del pie del zapato; él sueña con derribar, con abatir. Mientras cumple con el cartel que cuelga del frente de su casa. Ese cartel de letras parejas: zapatería; ese cartel sobre la pared arriba de la ventana, sobre la pared arriba de la puerta, y la máquina cosiendo y las semillas en la boca y las manos pegoteadas de cemento.

Él hace bien toda la mímica, no habla, no escucha, sólo obedece el cartel: zapatería. Ningún reclamo; señora,

me debe el par del mes pasado, señora, ya no le puedo fiar. No reclama. Ningún malentendido; el cuento se acabó. Sabe de sus manos pegoteadas el golpe que el trabajo detiene. Las manos como paredes mohosas, como la grieta de humedad en el taller.

No te quedes corto. Cruzá el zaguán y entrá a la piecita. Ella está colgando camisas en la terraza. No te quedes corto ahora con tu pedaleo. Nadarías en mi sangre y yo con vos raspándome, yo con vos, la sangre no me embarazaría. Sí, dicen que es para eso. Para matar a todos los niños que llevás adentro, y a los míos que no tengo. Dejá la puerta abierta, la máquina encendida como si fueses a prepararte un café. Dejá la radio dando las últimas noticias. Vení a la piecita, ella no nos ve.

Hacer saltar una cuadra entera. Tiene registro de conductor profesional; todo preparado. En la lista: la licencia de conducir, el camión, amonio. Un pasamontañas negro, y la guerra es la guerra. El nudo óseo, el abultamiento de la carne en el tobillo. La Orden de saltar; hacer saltar. Desde lo alto del puente al río; parásitos, buitres, basura. Saltar. El agua borra toda huella. Disparar cientos de veces porque los milagros no suceden; se hacen. Al tiempo de zambullirse los deformes, los rengos, los amputados, y el fusil brillante. El giro, luego la elevación, y más tarde el descenso de los pies superpuestos; un soldadito de plomo.

Él apara, cose entre sí las piezas del zapato antes de unirlo con la suela. Un par más; corta el hilo, pasa el corte por la máquina, corta el hilo, pasa por la máquina, el corte se desliza; un par más y corta el hilo, pasa por la máquina; el hilo, el corte, la máquina, un par, y más. Y rengos, deformes, amputados. Corta el hilo, el corte, la máquina, y descarrilar un tren.

Si ella no es mi madre. Tengo puesto un anillo de plata en el meñique del pie. No es de nuestra sangre. Me pongo detrás, los brazos entre los muslos. No, al revés. Estás ciego; estoy ciega y no te toco. ¿Qué hacés con ella? ¿Qué hacés ahí, cuando duermen? No te toco porque dicen que la sangre calma; no tengo por qué tocarte. Si te beso, tu cara en mi cara, raspa. Tu barba incipiente, los pelos de tu barba en los labios y tus manos acercando mi cabeza. Los pelos, mi boca.

No trabajes sentado sobre los pedazos de cuero. Los curtiembreros saben de la picazón en la ingle. Es la tardecita, hay olor a comida; están cocinando. Siento algo raro, me pongo al borde de la cama y hago como si no me frotara.

Tiene que demostrar que nunca fue una oveja. La escena en el teatro de autobuses, de centros comerciales, de bancos, de cafeterías. No diría dame eso o te quemo.

No diría, revólver en mano, una pistola que parece más provenir de una gasolinería que de un grupo de acción; eso, eso, o te quemo. No es una oveja. Es él, no podría ser otro. Él con un cinturón de explosivos, espera que lo llamen. A él, para quien hay sólo una muerte, y que sea, se dice. Cuatro kilos y medio de tres acetona. Un montón incandescente en los brazos, en la pierna, en la voz. No tiene pesadillas, sólo miedo. Un miedo de que lo dejen pudriéndose en ese sucucho, un miedo debajo de la piel, por debajo del tejido grasoso del pubis, un miedo como una luxación; el miedo que hace fuerza y le obliga a desprenderse de aquello que lo cubre.

Trabaja hasta la medianoche. Enhebrar el ojo de la aguja por donde pasa el hilo. Pasa el ojo, y un gruñido de puercos cuando pasa y no es el hilo de su aguja ese sonido receloso como barricadas de piedras, como patriotas o mártires ejecutados. Cuando pasa y cuelga el hilo y saca la lengua como perros que corren.

Tiene una buena mujer. Ella prepara unas cataplasmas de habas verdes, lava y re- lava el relleno de lana de las almohadas, de las mantas. Las deja secar al sol. Mientras, vos pensás “No debió haber ocurrido”.

Fue una cuestión de número. No debió haber ocurrido, un millón, dos, cuatro, seis. Cómo se cuentan los muertos para quien existe sólo una muerte. No debió

haber sucedido; tiene una buena mujer a su lado, la cara sonriente bañada por la luz, y una canción que canta mientras se golpea la cabeza contra sus puños.

Cuando me descuide vendrás por atrás; y yo me comería las uñas, me arañaría. Te diré que la sangre mana de esas costras que me rasco frente al espejo. Y no debió haber ocurrido pero te gusta; me va a gustar.

A veces, agita la lengua, sólo para aflojarla. Para desprender el gris empastado de las palabras que no están en su boca. Agita la lengua como si aceitara la lanzadera, húmedo el carretel, los dedos. Y aunque la suelte, nunca habla; porque las palabras no están en la boca, las tiene envueltas entre sus manos como un fuego que busca el aire y todavía no crece. Un fuego al que le van naciendo piernas para correr, para escapar y no ser testigo de aquello que no puede ver, todavía.

Es julio, julio de invierno, como el julio verano en Lisboa. Julio, en la ciudad baja reconstruida luego del terremoto de un verano seco y soleado. La torre de Belém frente al anticiclón de las Azores, y el castillo San Jorge. Lisboa en el calendario que le cuelga sobre la piccita del taller, en el mes de julio de una imagen de 1983, sangra por la fe ciega de aquel miedo que, poco a poco, es algo parecido a la esperanza.

No te preocupes, te juro que yo deajo todo limpito. Pasá tus manos por debajo de mis brazos. Apretame fuerte contra tu pecho. Fuerte sobre la cajita de mi espalda, que si la tocás así, así, más fuerte, dirá mamá. Dice mamá mientras se retrae un músculo que no termina de estirarse, mientras algo se rompe en la base del abdomen, te ensucia. Y yo no me inquieto porque no se me nota. No se nota de quién el tinte púrpura en los muslos.

Levantar los pies del suelo. Volar. Eso que murió en él, ese algo que estaba vivo y murió. Eso que es más pesado que el aire, más pesado y se sostiene y se mueve; vuela. Como en una alfombra mágica, él levanta una letra de las marchas, se echa a volar. Se guarda siempre unas cápsulas en el bolsillo en caso que deba tragárselas, y va más allá, hasta donde se aliviana y ya no surca el aire y flota. Tiene ampollas de gas serín envueltas en un papel de diario. Un paquetito emparchado, con un parche que le oculta lo que le falta.

Mejor muerto que vivo. Pinchá la bolsita con la punta de eso que parece un paraguas. Volarles la cabeza.

Si me miro bien al espejo veo unas venas inflamadas. Surcos rosados que se entrecruzan en el blanco del ojo y forman una nube sangrienta. Voy a pulir y pulir el espejo para que no te contagie. Te hago unos

vahos para los pies, una regadera de agua para tus rodillas. Vas a ver cómo se te va el cansancio.

Siento un tirón al costado. Calculé mal; me aceleré a destiempo. Y ahora no planeás; caemos.

Tiene gusto a sangre en la boca. Ese gusto acre a caballos corriendo que llevo en las piernas.

El estómago atado a la espalda. Mandíbula contra mandíbula el ruido de grúas o poleas. Al ras, vaciándose. Hacia él la humareda. Vaciándose. Mandíbula contra mandíbula el rozamiento. Cierra las ventanas y corre las cortinas. No ver, no oír la sacudida.

Coseme. Colocame enterita como una pieza de museo entre los frascos de cemento, de clavos, de tachas. Pasá por la máquina la bolsita que encierra esto que te deja gusto a sangre en la boca. Y tomá un banco por asalto. Saqueá el archivo, el dinero, rodá en el tiroteo. Bajo las ruinas del banco alguien desconfiará del injerto de tus labios; mi regla.

Tiene una valla punzante que lo cerca. Como el suelo marcado por orín de perros su valla es un grito. A grito herido se echa en el portal, busca hartarse con cualquier cosa que pueda caer de la mesa. Es a grito pelado que se precipita contra nadie. Y cuando ya no se

tiene más se viste de hombre- soldado para comer, para matar.

No convencés a nadie.

Le entregan pasaportes falsos para salir del país en el momento preciso. Él mira su cara falseada, su nombre; la mentira de su nacimiento, mira el supuesto de la vida si hubiera sido. Pero ahora tiene listo sus papeles. Con su documento atraviesa ciudades que todavía no le destinan. Atraviesa inundaciones en Mozambique, sequías en Santo Domingo, el terremoto en El Salvador. Doscientos niños de Guatemala durmiendo en una misma cama. Doscientos niños sentados en la misma silla del mismo colegio. Doscientos con el mismo par de zapatos el mismo pantalón. Carga con el peso durante todo el viaje. Chozas con paredes de caña y barro. Tiene una luz fatigada entre los dientes. Un brillo extenuado que pasa entre las palabras, un brillo como manos alzadas hacia helicópteros. Extenuado, tartamudea.

Ni aunque resucite un muerto. No convencés a nadie.

Trabá la puerta con una silla, no prendas la luz. Dejá oscuro que yo me quedo flojita.

Vos ponés tus manos adentro, me hacés hablar. Dejás suave tu boca y en el latido de la laringe cerrás y abrís la mía. Entonces, hablo; te hablo. Ponés tus manos adentro como si accionaras la tragaperras, dando cuerda al pequeño bulto hecho de trapos, el hueso ganchoso. Yo, envenenada con plomo, perdí la función de los músculos, los extensores. Y vas más atrás, y vas más adentro; y así, a mano, mordés la rueda dentada, el rodillo.

Dejá oscuro mientras te digo cosas, mientras te murmuro así, atada, colgada de la soga de tus brazos en la espalda. Haceme hablar.

Cambiar la escala. Descontar. El cálculo de las aberturas y la marcación y una lección legible: Señor, heme aquí. Heme aquí un día terrible, un día de duelo; Señor. El número de cuñas, el puesto y el rango. Heme aquí; reconocido. Restar del peso total de la ascendencia. Extinguir la deuda.

Trozos de avión cayendo sobre Escocia. Después de un primer ruido, como disparo que da comienzo a una carrera, la cuartilla indetenible se contiene la lengua, y avanza.

Solo acá. Para ir a la playa tengo que ponerme un traje de baño, afeitarme las piernas. Si voy dejaré en el agua muros densos de morera negra. En el agua, se verá

la delgadez hundida con alambres. La mezcla correrá diluida en el mar interior del golfo de México asediado por huracanes.

Los clavados controlan la corredera, ajustan las presillas, se tiran desde azulejos rojos y amarillos al alcaloide indispuerto del mar. Un perfume que hace más profunda la respiración, los duerme mientras clavan; se clavan en el mar cerca de la tierra de las garzas. La cianosis del rostro como zumo azul de gorriones espantados que eyaculan en el instante mismo de abalanzarse.

Yo miro para el otro lado. No iré. Hago un hueco donde se ciega un engrosamiento de hilos, su serie vertical, la estría metálica de tu voz. Anudo un pañuelo así te quedás más, más y más tiempo mientras dura la hechicería del ahuecarme.

Una bomba llena de clavos, un jumbo junto a la costa de Irlanda y los cuerpos que en el vacío caen iguales.

Los hijos se los hacés a ella. Y conmigo no vas a la playa, al mar. Conmigo la columna de metal, el negro violeta. Saqué las sábanas para que no se diera cuenta. Cuando te vayas al mar, volveré a hacer la cama toda estiradita, prolija.

No creas en la postal que escriba, te diga, me duele el corazón. Corazón es la costura que aprieta en el centro de la boca, lo brusco de la herida. Es papel secante, el golpe esponjoso de la película muda de mi piel rodando, cada hora.

Las marcas que deja el percutor en la base de las vainas. La única marca que dejan los surcos del cañón en la bala al ser disparada. Pésame. Padre de huérfanos y viudas. Lo hará en nombre del desairado, en nombre de aquél a quien miran de arriba abajo, a quien se le saca la lengua. El mundo hablará de nosotros, se dice.

Sólo queda una mesa con manteles largos para los que no están. Pésame. Un silencio cerebral, el coma vigilante de todas las suspensiones mientras se piensa liberando la anilla, desplazando la palanca hacia fuera. Un espacio de treinta o cuarenta metros, cinco segundos. Abandona la mano del lanzador.

Los pájaros podrían estar dormidos, no tendrían nada de qué preocuparse. El movimiento acelerado del aire, su ímpetu, lleva consigo pájaros y nubes. Se alzan, se sostienen. Son de tierra los pájaros que desaparecen en un aire movido.

Pedime algo.

Ese vaivén que conocemos como mareas, esa movilidad disforme, también es de tierra. Revoloteo del agua ahí donde no se ve el suelo y es sólo espuma. Espuma estirada lo que no me pedís. Burbujas que mezclo como almíbar ligero, suave. Blanco amarillento creciendo rápido; aquello que no me pedís de un mar de Asia donde la vela pierde el suelo. No pedís mientras Icaro cae, cae muerto antes de la caída. Muerto quemado, prendido fuego el plumaje, arde.

Me hago un bollito y guardo el pelo, la tijera, el pincel. Carne de pluma.

Diez kilos de dinamita en un gimnasio. Medellín. Arrastran los cuerpos por las calles y se lo tiran a los perros. No es el país de Zapata. No dice, justicia, tierra y libertad. Nunca fue más dueño de sí que en esta hora, callando. Es impensable perder la lucha, imposible ganarla en un tiempo real; la victoria está en las manos del dios que ya no está en la cruz. Dios es la espada de doble filo, la flor de azahar en compresas blancas aspirando la sangre el séptimo día. Es el relicario, los gallos, los terneros, los cabritos. Es el cordero. La luz que se curva cuando se mira hacia el este. Es el dedo con que se moja, se marca la frente, una vez colgado boca abajo todo muerto de una pieza.

Se entrena con unas brigadas en un colegio por las noches. Un traficante le vende armas que él revisa y revisa antes de usar.

No te molesto. Me siento debajo de la máquina mientras cosés. Escucho el motor rabioso de tus piernas desde acá abajo. Seguí trabajando, revolvé los cortes con un cucharón de hierro que yo siento el olor de aquello que cuelga cabeza abajo. El ternero, el cordero; su calor natural. Mojo el dedo y me persigno sobre la piedra pulida. Si no soy tu hija, nada me dice que porque nació alguna vez cogiste con ella.

Debajo de la máquina marco los pares como haciendo tatuajes. Hago incisiones con una cuchilla que tengo acá abajo, marco y vuelvo a marcar. Algo gotea; como si hubiera asesinado un niño, gotitas de cirio consumiéndose durante siete días.

Raspás el cuero en la máquina de repujar. Un polvo curtido, volumen anestesiado que se hace sólido en mi garganta. Levantás una nube de polvo.

La historia sabe, cada guerra tiene sus héroes; para él, sin embargo, lo más importante es tener ante sí un enemigo. Una mezcla de boda y festival, una ejecución pública y las balas de acero que sirven como metralla en

una ciudad cerca de Helsinki. El objetivo vivo y la ocupación. Mejor morir así que irse apagando día a día.

El techo de la pieza es de chapa, cuando llueven piedras hay un ruido a caldera que explota. La caldera de una fábrica de cartón. Cuando llueven piedras no es el agua lo que hace porosa las paredes, es un cartón alquitranado que me moja hasta la mañana.

Todo comienza con un dolor vago en las piernas, entonces ya no siente más los brazos ni la boca; se vuelve inmenso, enorme; luego, algo se retrae de golpe.

Otra vez, cada día es ayer. Un poco tímido, de modales serios, ligeramente distante de la gente del barrio, sale a comprar pegamento hecho con caucho virgen y aguja de punta plana, una pasta de dientes. Nadie le vendería un tubo; sólo quiere el tubo de la crema dental. Argelia en 1992, y cianuro en un tubo de pasta de dientes, porque no quiere estar condenado a vivir.

No te vuelvas a poner el pantalón después de bañarte. Vení así. No te cuides. Ningún atadizo para mí. El fardo desenvuelto de tus ojos egipcios. El ungüento hecho con miel y cardenillo que cura ciertas llagas. Te miro a la cara, a tus ojos surcados por orillas de un ámbar negro. Excavados a cielo abierto, en tus ojos hay una galería para conducirme en las aguas.

La mano corta el cuero de cabra. La mano quema los hilos, las pelusas. Cementa las piezas, la mano; limpia. Los cortes son una seña dibujada de los fusiles en la mano. Y su mano es el rostro que marcha hacia el conocimiento del rostro de Dios. Los expulsados del paraíso están en la desnudez de su mano que se dobla, languidece. Él da vuelta la imagen de la estampa de la virgen, desea un favor del santo de su devoción. Y en recuerdo de algún beneficio recibido, cuelga en la pared una reproducción en bronce del cuerpo de orantes, de jinetes, de Magdalenas.

Pruebo con la lengua entre los dedos. Me detengo en el pulgar. Será algo así. Avanzo, la mano hacia atrás. Soy señora de lo que tengo entre los dientes.

Quiero escuchar, me digas hambre. Verte comer el puro hueso desollado.

Tumbás el cuerpo, buscás en la basura. Yo te canto canciones medievales del vasallaje bajando las montañas. Te canto entre la quema de la peste y el griterío del hambre. Te canto y pruebo con la lengua entre los dedos.

Me detengo en el pulgar.

Le murmuran. Hace años que les cortaron las cabezas. Las cabezas cortadas, con la sangre todavía caliente, hablaban. Y así, creyéndose tener un cuerpo, creyéndose estar erguidas sobre el palo inerte de unas piernas que ya no tenían, alertaban a quienes querían verlas: esto es lo que les puede suceder. Era una advertencia sobre la estaca, memoria de un osario de indios que ahora habla un idioma que nadie entiende y a él le murmura en el taller, en el segundo patio; mirá lo que puede suceder. Sucederá.

Ese es su trabajo, coser un zapato que otro se pone. Luces, cenicientas y el baile. La escena del espectáculo continuo, el ajusticiamiento en su propia carne. Él cumple fielmente el argumento, matar un hombre para que otro lo vea. Matar a diez, cientos, miles para que lo vean diez y cien y miles de otros hombres azorados.

Viajar en un taxi, llevar uranio en una valija. De los astros o del espacio celeste, denso, fusible; y perder la carga. Ciento dieciocho muertos y ciento treinta heridos al explotar una discoteca en la isla de Bali. Todavía hay fuego; hay cuerpos por todos lados.

Me duele. Es el primer día y me baja poco. Tuvieron que haberlo hecho de niña. No lo hicieron. Carne crecida sin extirpar. Mamá dice que si me besan, la lengua del hombre se enredará en la carnecita crecida; sentirás

ganas de vomitar, me dice. Él no sabrá, me dice; no lo intentes.

Será la carne en la garganta, no deja que me baje, y me duele; tanto.

Mejor no te digo nada del dolor. Hago un lugar en la cama para que te acerques de costado. Y, mientras me duele tanto; me tapo la boca con la almohada como un velo enfundando el rostro. No verás la flor con hueso que encierra una almendra. Detendré el dolor justo ahí, a la altura del cuello. El resto, será el barrido agitado de lo que ya no habla.

Diez mil hectáreas de campo minado en Tavush. Y él que hacía tiempo se había retirado del ejército, tiene guardado su viejo uniforme militar. Haré que se sientan orgullosos, piensa y fuma. Durante cuarenta y cinco minutos, lo hace girar con los dedos, inhala sin prisa. No tiene el hábito de lamer. Sabe que un buen corte garantiza un buen tiro; un corte limpio, circular. Retiene el humo unos instantes en la boca, y el humo sale y entra de la boca con gusto a nuez, a madera, picante. Es un momento privado. Un cigarro oscuro, dulce y fuerte, suave al tacto; el ritmo de la combustión. Una ceniza larga y firme, blanca, cae sobre su ropa, al piso, sobre la máquina, cuando piensa en las muchachas cubanas enrollando el tabaco entre los muslos. El cultivo tapado no hace a la

pobreza del sudor en las tabaquerías; para ellas que no están en Tunceli, que no se disfrazan de embarazadas con el fin de esconder una bomba bajo las faldas, para ellas, el barrio es el amplio parentesco de la escasez. Para él, el amor de los camaradas en el movimiento, un pacto de matrimonio y muerte como lecho marital. Amén.

Nada del linaje. Ya no habrá unión tan fuerte entre vos y tu padre.

¿Dónde termina mi cuerpo?. ¿Esa sangre que corre ahí también es cuerpo? Tengo miedo de decir que hay algo incisivo, acerado en la sangre que se hace ceniza para ser cocida, te corroe como ácido. Tengo miedo de verte convertido en mineral.

Voy al taller, saco un cigarro del cajón, lo desarmo. Vacío un frasco donde guardás el hilo de nylon de hebras retorcidas, lo lleno de tabaco. Te acaricio el olor, la humedad de tu saliva en los labios de un puro que ahora sólo es hoja muerta. Y te escucho orar como quien no espera conseguir el camión, los fertilizantes explosivos, la gasolina. Amén.

Una tormenta de hormigón, vidrio y acero. Un edificio cae alejándose de sí mismo, cae negro como una especie de túnica de monje, cae dejando en su lugar un cráter de treinta y seis metros de ancho.

Durante doscientos años fue soldado de un país que no estaba en guerra. Puede volver a esperar, al menos, todo ese tiempo. Esperar envuelto en un paño de lino hasta el día del Juicio Final. O molerse fino sobre el campo; hacerse agua; despegar hacia las estrellas. Desplazamiento de nubes tóxicas. Ahora. Ahora.

El golpe corta la piel, no tan rígido. Todavía no tan muerto, no pierde el sexo. Una toxina inyectable, y hacerlo por Alá. En aquellas escuelas que funcionan como orfanatos en Yemen o en Nepal, se entrena para odiar. Una recompensa de dios. Rigor mortis.

A veces, me da punzadas la voz. Es tu grito el silencio de mis palabras. Lo que da punzadas crece en tallos carnosos, en hojas reducidas a espinas; crece con flores que nacen de las axilas de las hojas, crecen punzándome en la voz, en la yunga baja boliviana y la vegetación tropical del encierro de una tierra que no tiene salida al mar.

Quiero llevarte en el vientre; ser una madre. Una madre que te lleva en el vientre y no está embarazada. Llévate en el vientre. Una madre que si no está embarazada, nunca será del padre eso que lleva.

Tené mala memoria; olvidate de algo acá adentro

Clavos en la cavidad medular de los huesos.

Al final de la cadena de hipótesis, más tarde o más temprano, el ritual es la historia. Él sustituye toda autoridad mediante latas de aerosol, mediante fumigadores. No es un salvador- tapa- agujeros la Presencia pretoriana que se contrae rítmicamente, se alza como miembro arrancado del torso. Reservorio de creyentes, servirse del pie. Gatillar con el dedo del pie. La extremidad acorchada, reseca y fofa. Sobrantes humanos en la frontera sin paredón que patrulla la colonia. Siervo de células fedayines, como simios en grandes praderas africanas; violentando, extinguiéndose.

Algo que no se ve se ve, que no está está, que no pasa pasa. Algo se retuerce en hélices, forma un cordón. Una tela a lo largo de un alambre, una varilla. Se retuerce en hélices. Algo que no pasa pasa. Duros los pezones huyen debajo de la manta. Estoy desnuda. Una lluvia torrencial, y todavía tengo más agua sucia. Espesor de cañas arrastradas por la crecida, restos; y lo que me queda de lo que se va hartándose debajo de la manta.

Si llegaras a ver sangre, diré que me he sentado sobre algún animal muerto.

Reducir el peso de la bomba. Una esfera de material fisil cubierta por una capa de berilio. O detonar polvo de óxido de plutonio, y ni siquiera tener la necesidad de construirla.

Él limpia las manchas con solvente y tira de la lengüeta, ese pedazo de piel que tiene el zapato por debajo de los cordones.

Ni plañideras, ni sacerdotes, ningún cortejo, nadie irá a misa; sólo limpiar, limpiar con solvente, ajustar la tira de piel, y acomodar en una caja el papel de seda. Apilados en cajas. Numerados. Por color. La fila de cajas contra la pared, junta bichos.

Almohadones, o el colchón al revés, o el montón de ropa para planchar, encima. Yo, abajo. Y vaciar la palangana, y la ropa medio húmeda que hace más peso, encima. Busco algo áspero. Hongos de color naranja oscuro, de sabor dulce, tóxico. Y yo abajo como en un bosque de encinas, bajo los olivos.

Y cómo te traigo a lo que no tiene peso en la boca. Qué cosa plegada, sin peso; qué cosa que haga un encaje en las cavidades brillantes y lisas del fondo. Qué cosa abrasiva hasta la congestión pulpar. Algo que se parezca a tu cara, que se parezca a tu cara y tenga algo que se mueva. Algo que sea liviano y se mueva y llegue sin

seccionar los extremos, los ápices. Fresco. Húmedo. Algo que hable mientras eso que parece tu cara cierre los ojos. Algo que se suelte y se retraiga. Algo que me diga, dame lengua.

Me arden las encías. Los dientes se muerden para adentro, desgastan un fondo que arde.

Cómo te invento en lo que no tiene peso en la boca. Si voy hasta el pliegue, destrabo el frenillo y me trago la lengua. Nada, haciendo peso, en la boca.

De niño, no soportaba perder. Cuando apostaba las pulgas, los piojos, o las garrapatas, guardadas en latas vacías del dulce de membrillo que su madre compraba para el desayuno; cuando apostaba y perdía las pulgas, los piojos, las garrapatas y la lata oxidada del dulce; la lata abollada de dulce que su madre abría con un cuchillo viejo y el dulce con pedazos de chapa, de latón pintado, y el desayuno con pan y membrillo y su madre y el sacrificio por los hijos, la comida. Cuando apostaba y perdía la lata de dulce que le robaba a la madre; la lata de dulce que a la madre le servía para esconder una pulsera barata, el colgante de la abuela. Cuando apostaba y perdía, se encerraba en el baño; porque no tenía un cuarto para él, porque compartía la habitación con sus padres y sus hermanos y el perro. Se encerraba en el baño, se golpeaba la cabeza contra la pared. Entonces su cabeza era una

pieza pesada, una pieza cilíndrica y de madera; era un mango el cuerpo, las piernas, un mango el cuello que levantaba para machacar y machacar.

Cuando volvía a la cocina, a la mesa familiar, su madre todavía contaba aquello acerca del hacha, de los leñadores, y del fuego que llovía sobre los techos, y de los que murieron por ella, por él. Los tres mil niños y mujeres; y su hermana entre los tres mil, y su sobrina y su hija entre los tres mil sitiados en la iglesia del pueblo. En la iglesia que ardía cada vez que ella preparaba el desayuno, y él perdía la apuesta de pulgas, piojos, garrapatas.

Después del estallido en el estadio impondrán el toque de queda con el fin de que equipos de rescate accedan a la zona, recojan los cadáveres.

No soporta perder.

Pierdo la cabeza por vos. Echo atrás la cadera. Un estrechamiento licua la enredadera leñosa. Descamándose, el pez globo tiene un rumor de piedra donde concentra veneno; descamándose, desprendiéndose de púas la piel. Muerta por vos. ¿Todavía puede envenenar un pez muerto?

Por la grieta, en lugar de ojos, cuencas. Desde ahí verás mi oscuridad. Será como un hocico el vacío del cuerpo.

Me hago baños de asiento de manzanilla. Las flores con forma de margarita, de centro amarillo y corona blanca, disimularán el rojo sangre. Mientras, te pregunto, ¿cómo la tienen los hombres?

Estallan bombas al norte de Bangladesh. Las explosiones suceden con intervalos de entre cinco y diez minutos en cuatro salas de cine. Los heridos tiritan. No hay ningún pedazo de tela en el lugar para cobijarlos; se los tiende sobre un hule. Un hule con florcitas que arrebatan del puesto de frutas del mercado. Todavía tiene un olor pegajoso a naranjas. Los heridos con olor a naranjas se orinan durante el llamamiento policial. Al hospital central de Dhaka, abriendo paso, los patrulleros. Al hospital, mientras se les afloja el cinturón, se los limpia con los trozos del pantalón, las camisas. Nadie toca las esquiras; el extraer algún objeto podría afectar un órgano. Al hospital central de Dhaka llegan tescientos heridos luego de atravesar ciento cincuenta kilómetros. Con tanto calor en Bangladesh o en Kenya, los heridos se mean, se cagan encima. Y el que está tirado en la calle ahora es una prolongación de la vereda.

Él contiene el aliento, trabaja los músculos del vientre, el pecho. En posición de firme, no se abandona. Se tiene sólo a él para cuidarse. Pasa por un raptó cada dos o tres horas. Menos hipnótica. Más tóxica. Cristalina, de sabor amargo. Algo le crea hábito. De la euforia a la tristeza; piensa, así será el derivado semisintético de la morfina.

Necesito dos cuerpos, o me sobra. Me sobra este cuerpo que corre hasta un muelle sin barandas. Donde se sumen las aguas de lluvia que van a las cloacas, cruzando la acera, a la hija de la reina del mar le sobran materiales calizos, coralinos. Restos de una cordillera primitiva, montañas con antiguos volcanes.

Voy a pintar tus formas sobre el techo. Como la pared de un pozo, la figura de un animal mítico. Cuando me mueva en la cama, te veré mover. Tendremos el ritmo de bisontes, de ciervos. Y una sangre blanca se deslizará por la cruz alta, maciza, hasta tus piernas. Comeremos flores. En los bajos fondos de la historia, en la cueva, hay numerosos utensilios para descuartizar y preparar el cuero. Pintaré.

Si me quedo quieta, serás sólo una sombra en el techo. No te arrancarán de ahí. Ella sabe, cuando se saca el vacío, hay más y más y más vacío. Si me quedo quieta,

te dejo en cuatro patas, mirándome. En cuatro patas, tu volumen denso no me nombra.

Do ut des, facio ut facies. A diez minutos de acaecida la muerte, moscas azules en los ojos, la boca, la nariz, los oídos. Moscas azules de la carne dentro del cadáver. Golpe por golpe.

Perpetua golpeada entre las costillas, lanza un grito, toma la mano del gladiador, dirige la espada hacia su garganta. Do ut des.

Durante los actos del mediodía, los romanos del año 203, ríen. En nubes ascienden los repliegues de la carne. Un niño recubierto de harina y los paganos que mojan trozos de pan en su sangre. ¿De qué se ríen? En el festín de ceremonias clandestinas, los estranguladores ofrecen el sufrimiento a Kali, prolongan la agonía, se ríen. La espada, el puñal o el lazo. Facio ut facies.

Por la ligadura, o la oclusión que aplasta, algo abrasante como torsión interna, sin sangre. Risa. Porque si hace falta sangre, está la de Cristo.

Le mandan cargar proyectiles con ricino. Veinticinco ojivas con agentes químicos, con la cabeza dispuesta para abrirse antes del impacto. Sangre, la de Cristo. Las víctimas se indentificarán en los puestos

sanitarios cuando se acerquen para pedir piernas. Golpe por golpe.

Buscame en el paredón. Allí, en las murallas de la ciudad de Kaffa; allí donde los tártaros capturan cadáveres infectados; allí en el año 1346. Buscame donde se arrojaban las cabezas de los soldados cautivos; sobre los muros de las fortificaciones. En la ejecución. Cerca del fusilero de montaña; pero del otro lado. Cerca del soldado de infantería. Del otro lado. En el charco. Descruzo las piernas, la blandura abundante de la pared no te retiene. Hay un derrame como de saliva aspirada. Descruzo las piernas. Me bajo de la cama. Se evapora. El charco que limpio con un trapo. Sobre el piso. Buscame en el paredón. En el charco sobre el piso, como práctica fenicia adorando el sexo del sacerdote. Y un derrame de saliva, y la muerte de los cristianos en el año 203, y los pies que se nos enfrían. ¿Acaso, ese charco, lo habremos hecho juntos?

Comandos itinerantes. Una bomba de cincuenta kilogramos destruyendo una población cercana a Aindjar, o un estacionamiento subterráneo en Santander. Itinerantes, los explosivos viajan por una autopista al sur de Italia.

La predicación furiosa del silencio lo asedia día y noche. No mira; no ve el cortejo de mujeres. Se encierra

en una tumba para no verles la cara. Toma un caldo cocido con ciruelas y dos panes de cebada al día.

Como varón de guerra se interroga con todo su cuerpo, mudo.

Beberé licor de médula ósea.

Fríos, para vos los trozos de metal. Fríos, para vos. No para mí. Es fácil la continencia para quien no ha sentido nunca antes. Acomodate los pedacitos de metal que tenés en el taller. Y traé algún vestido de ella que tengo el mío manchado. O mejor, busco una tijera y corto la mancha.

Qué cosa me corté adentro. Qué cosa me arranqué, sin tijera, que sangra. Te digo, ahí voy, ahí en esta parte que me corto, me arranco. Y vos: vení, vení veneradora de Atis untada de esperma, orando desnuda. Y vos, venga; mientras diseco el cuerpo, lo quemo, lo ato para que ya no sangre lo que no corté; y sangra.

Envía una carta y dos libros bomba a una emisora de radio del Cáucaso.

El desafío de los ojos. Cuando levanta la vista, ve el hueso la prótesis. Una cara recubriendo otra cara travistiéndose en la sombra. Y medusas vulvas de lado a

otro de una luz lacerada, teatral. A una altura oblicua, la preñez aritmética de la suma de todas las caras. Y la luz que va y viene atravesando el estuche de los cuerpos.

Apoya su mirada. La acomoda. Más. Y más adentro. Apoya y mira. A fondo. Se mide.

Medir la magnitud. Método por cero. Los efectos sobre el dispositivo a medir y la magnitud patrón de la medida: cero. Actuando simultáneamente como si pasara durante el sueño nocturno. Él, paseándose. Se alza. Irrita. La medida que apoya y arroja, con la mano.

Caravanas de sal en Níger. Lejos del agua en dirección al viento. Mijo, dátiles, y queso de cabra; tan lejos del agua, y el tiempo, que en el desierto se borra, se hace infinito. Me cubro del sol. Una tela alrededor de la cabeza enredando la cara, hasta los pies. Voy en la caravana; en el plural del desierto algo se pierde. Una pista de tierra roja, interminable. A veces, una fuerte erosión del viento; dunas. Rutas caravaneras con sus albergues, sus pozos de agua incierta.

Soy la caravana que por la tarde, antes del viento helado de la noche, siente un niño en el aire. En el celeste estremecido de la tarde un niño nada a través de ese oleaje pastoso, fuera del vientre. Hay un niño, amor, en el agua inundada de arena. En el desierto, flota. Allí donde el silencio no tiene cruces. Aquí, donde todo es afuera,

flota. Un niño quiere nacer. Si jadeo, empujo, jadeo; más, un poco más, el niño nace, entra al agua.

Soy la caravana de sal en Níger con un niño que pierde huellas de tinta en la arena. Las escasas precipitaciones que a temperaturas extremas se transforman en agujas de nitrato o en alambres de cobre, dejan mis manos teñidas de pardo rojizo. Tiro de la cuerda. La acordeón por el hoyo arrugado en el centro del vientre, la encinto. Ahora, tus cuatro letras, se balancean en lo oscuro, se deslizan por el vacío caliente de planicies de piedra, por un mapa mudo de arenas negras.

No se oyen vagidos. Ella, gime.

En todo caso, si algo sale mal; en la cabeza. Entrará por la pared trasera del cráneo. Una trayectoria de abajo hacia arriba, con una diferencia de catorce centímetros. Restos de humo y pólvora en la mano derecha. Sentado.

En todo caso, si algo sale mal; contusiones en los brazos y un cable eléctrico colgado de los barrotes. Cabellos dentro de la cuerda.

Calienta el plástico granulado en la matriz de hierro, inyecta la suela de la matriz al zapato. Calienta, y la máquina baja, aprieta el corte de cuero, monta la suela.

Algo de beduinos. Como jinetes que pusieran fijos sus ojos en el horizonte, se ajustaran el sable curvo. Un tigre marroquí, con su cuerpo relajado, su cabeza y hombros tensos, esperando la presa.

Guarda el arma descargada, bajo llave. Guarda el arma separada de las municiones, también bajo llave, para evitar así cualquier descuido. Para luchar contra el sueño, Sisoés se ata en la punta del precipicio de Petra. Pero en este barrio de mala muerte no hay ningún accidente geográfico que lo retenga. Entonces resiste en un gesto, sobre un objeto, en una postura, cualquiera; única. Resiste reducido al mínimo movimiento.

Tendí la colcha de arabescos de colores. Me acuesto encima, entre tanto rojo no se verán las manchas de sangre. Tapame. Azulejos en el 24 de la calle de los Carolines. Fragmentos de botellas, de vidrios, de muñecas de porcelana, piezas de vajilla. Arcilla de esmalte celeste, verde, azul. El troceado geométrico. Tapame. Cubrime con nubes; con hojas de papel o cartulina, con tarjetas. Llename con postales de Lima, de Praga, de Ereván. Tapame que tengo miedo de este adentro mío desnudo, absolutamente descubierto. Si algo cae en el cuajar de las crías de los mamíferos se coagula la sangre de las reses, las natillas. Detené esta plaga antes que marchite los jazmines del patio; antes que el perro chupe el borde de mi pollera. Azulejame.

Fracciones de cerámica sobre la torre de Massana, en el techo, pájaros palpando el cielo, cayéndose hacia adentro; una boca que se ondula, te traga. Pubis contra pubis. La tapa de la cajita.

Quiere cambiarse el nombre. Que sea otro el nombre de quien choque con un todo- terreno la sede del gobierno. Otro nombre el que supere los tres puestos de control, se lleve por delante la valla de seguridad. En el momento del ataque, una gran cantidad de funcionarios en el bar terminando el almuerzo. Hacer del nombre un resto, una reliquia que favorece las cosechas, previene epidemias. Por fidelidad a Dios, para ser un solo cuerpo con él; los tres clavos, la pértiga y la lanza. El defenderse de la genealogía del miedo del nombre propio; porque él sabe, un hijo enseña a temer. Entonces ciento cincuenta personas heridas, y cuarenta y seis muertas con el rostro destapado de otro nombre.

Dicen que si pongo unas gotitas en un vaso, te las hago tomar, no podrás alejarte. Llevame un pedazo. Unas gotitas en un té de hojas de un acróbata, un domador que arriesga su piel, se deja caer al borde de la taza. Un pedacito. El trozo reaparecido en los campos de lavanda de tu piel. Campos de matas con flores azules en espigas tupidas, con fibras creciendo en laderas pedregosas. Matas labiadas con sabor a vainilla. Tu piel, los umbrales altos de las casas con sus puertas vidriadas de la rua

Florêncio de Abreu. Las dos horas que una maga pasa en el café del barrio árabe de Saint- Séverin. El lugar que guarda tu piel, una silla de más alrededor de la mesa al borde del mar en Sérifos. Tu piel la tierra de brezos, el mármol y los inviernos suaves y lluviosos, y los veranos cálidos y secos. Tu piel de tirador de cartas, de dibujante, de pianista; tu piel casándose en Bukovina. Aquello que pierde el mar, y se hace arena. Lo mordido de la playa sobre el mar transparente del Egeo; la deuda caníbal de tu piel.

Mezclado en vino, han bebido a tu salud durante siglos. Ahora es mi turno, vuelco gotitas, hasta verte.

Agujeros hechos en las paredes. Treinta miligramos de gas por metro cúbico de aire o un millón de granadas que se lanzaran en un lugar cerrado. En agujeros. Atravesando las paredes.

Prepara su testamento. Escribe.

Enero, un grito fatal y lo esperará el paraíso. Ser leyenda. Un par de baterías, cables, mercurio, acetona y clavos, pólvora. A las siete de una tarde del mes de enero, al subir a un micro que pasee por la costa. Un micro blanco y verde.

Detonarse.

¿Hasta dónde habrá sangre? El dedo medio. Más. Te confunde. Si vos o la hemorragia de la virgencita santa este abismo de pisadas que se desplaza, se acelera.

Escucho un ronquido de niñas dormidas. Niñas con melenas rojas se acurrucan más allá del dedo medio, dan un rodeo, se irisan. Te confunde mi primera vez de amarte o morir esas niñas que escucho desde adentro.

En algún lugar tendrá que terminar. Sueño afilado de las niñas que se chocan con tu sexo. Sangran.

Prepara el testamento. Escribe. Revisa uno a uno los zapatos que cose. Oye un griterío en la cocina.

No es ella.

Todavía hay música en su cuarto. Ella, ya no habla. El vestidito empieza a mancharse.

Se mancha.